

Los feminismos como espacios de relación y libertad

Montserrat Otero Vidal y Dolors Cruells Mercadé*

Este resumen anual sobre el movimiento feminista quiere aportar algunas reflexiones sobre la práctica política que conjuga la experiencia vital de vivir en un cuerpo de mujer —más o menos femenino, más o menos estereotipado, más o menos alienado— con el deseo y el empeño de muchas mujeres de vivir en libertad. Permanentemente, estamos compaginando la realidad personal y social de las relaciones y de los afectos con la existencia de estructuras patriarcales y la persistencia de actitudes sexistas y discriminatorias. Es un continuo transitar entre una realidad que va cambiando y resignificando los roles de género y la recalcitrante permanencia de actitudes y hechos que violentan la libertad de las mujeres. Por eso, decimos, a menudo, que el feminismo es algo más que un movimiento social que lucha por transformar determinados aspectos de la realidad colectiva. Es algo más en el sentido de que el feminismo es una alternativa que recorre todos los aspectos de la vida y supone una manera de estar en el mundo con un compromiso y una implicación personal de 24 horas sobre 24 horas. Es decir, «servicio permanente» para transformar el mundo transformándonos, con contradicciones, triples jornadas y riesgos de la propia vida, incluidos.

Se trata de ofrecer reflexiones que sirvan para atrapar un sentido en los acontecimientos y quizás captar algunos elementos que llevan en su interior significados nuevos para el feminismo. Un aspecto de la escena política general es la ofensiva de la derecha, de una intensidad no vista en los últimos 30 años, y que, al parecer, ha puesto el tema del aborto en su punto de mira. Una derecha que ha perdido la vergüenza y se atreve de nuevo a salir a la palestra para colocar sus mensajes retrógrados, hacer sus maniobras y tejer sus insidias como en otros tiempos. Mientras, las llamadas fuerzas progresistas se muestran perplejas y descolocadas sin saber cómo situarse y con dificultades para definir una posición clara. A esto hay que sumar la fragilidad de los pilares que han sustentado la democracia hasta ahora y que se han quedado obsoletos como mecanismos de representación política ante la complejidad de nuestra sociedad. Una vez más es necesario repetir que la convivencia colectiva necesita formas de organización, de representatividad y de participación alternativas que rompan los esquemas normativos actuales y permitan gestionar lo colectivo, partiendo del reconocimiento de las diferencias y llegando a una igualdad compleja, es decir, a una igualdad en la diferencia.

Nuevos feminismos y nuevas feministas

La participación de mujeres jóvenes en el Movimiento Feminista está ampliando el espectro generacional y enriqueciendo el bagaje discursivo con nuevas experiencias y energía vital. Estas incorporaciones resultan importantes en un doble sentido: por su significación política en la continuidad del activismo feminista y por la sustantividad de sus aportaciones en los modos de pensar y actuar que resitúan y redibujan el conjunto del MF. La incorporación de mujeres jóvenes y de mujeres de otros países con culturas y tradiciones propias, con experiencias y prácticas políticas diversas, sumado a las formulaciones teóricas que redefinen los conceptos de mujer, sexo y género, están configurando un panorama con más debate y dinamismo. Estos elementos están tensionando el marco conceptual del feminismo y plantean un reto en las relaciones políticas entre las mujeres y los grupos de mujeres con maneras muy diversas y distintas de vivir el feminismo. Se están abriendo espacios donde se expresan nuevas diferencias y nuevas estrategias de insumisión a los parámetros neoliberales y a los estereotipos de género que el sistema patriarcal todavía pretende imponer.

El feminismo ya empezó a reflexionar sobre la naturaleza del sujeto político «mujer» en el pasado siglo. Fueron las feministas de los EUA y posteriormente las de los departamentos de *women's studies* y estudios de género de las universidades de todo el mundo, quienes lanzaron las primeras denuncias sobre la inconsistencia de un sistema político que expresaba la voz de un determinado género, una determinada raza y un determinado estatus social. Un sistema democrático que daba cobertura a los instrumentos de poder del orden patriarcal para autorizar y valorar ciertas realidades y representaciones simbólicas mientras mantenía otras, invisibles y silenciadas. El supuesto sujeto «neutro universal», considerado como la totalidad del género humano, era una falacia: sólo hablaba de un sujeto «masculino singular», un hombre de raza blanca, heterosexual, adulto, poderoso y perfectamente integrado en el sistema. La mitad de la humanidad, la de sexo femenino, más todas las otras «minorías diferentes», es decir, aproximadamente el 98% de los seres humanos que no encajan en aquel «masculino singular», se han

visto reflejadas en las representaciones homogenizadoras y eurocentristas impuestas por un sistema que las presentaba como si fueran la única voz y la única mirada existente y posible en el mundo

La voz y la mirada de las mujeres feministas de todo el mundo han ido creando espacios de complejidad donde poner de manifiesto que existe «otra» perspectiva y donde mostrar que la alteridad requiere un posicionamiento en la relación que no sea ni condescendiente ni arrogante. Gracias a estos espacios abiertos por el feminismo, se han podido expresar otras miradas a través de los diversos movimientos sociales que trabajan por ofrecer una alternativa a este mundo y construir un mundo «otro».

De la mano de los nuevos feminismos y con el deseo de oír todas las voces, hay que hablar de las críticas sobre la institucionalización del MF, concepto que se utiliza con distintos sentidos y en distintos contextos. Unas veces, el MF está institucionalizado porque los fondos y subvenciones que recibe pueden reducir su radicalidad; a veces es la incorporación de mujeres feministas en espacios institucionales lo que se valora negativamente; otras veces se expresa en forma de recelos hacia las «madres» políticas del feminismo por parte de unas «hijas» que viven con ambivalencia su legado; y finalmente, es la fagocitación del discurso feminista desde las instituciones (cogiendo, por cierto, la musiquilla pero cambiando la letra, todo hay que decirlo) lo que, según estas voces, vacía de contenido el feminismo. Estas críticas muestran claroscuros bien conocidos y compartidos de la realidad de los movimientos sociales que requerirían análisis y comentarios más extensos que los que se pueden abordar en este artículo. Existe, sin embargo, otra crítica, en la que sí me gustaría detenerme, porque aporta unos componentes políticos que cada vez estarán más presentes en la relación de los grupos de mujeres de nuestro país. Nace de las aportaciones de las mujeres lesbianas y afroamericanas que empezaron a denunciar el sentido exclusivo y excluyente del feminismo de la emancipación basado en el modelo humanístico de la igualdad. Consideran que la formulación de este feminismo responde a la parcialidad de las mujeres blancas occidentales que lucharon por el proyecto emancipador con un discurso que no dejaba espacio para la expresión de las diferencias, de las múltiples diferencias, que existen entre las mujeres. Creen que este discurso esconde y silencia las diversidades de opción sexual, de etnia, de clase, de cultura, de edad, de experiencia, etc., en aras a una alianza solidaria de todas las mujeres del mundo frente a la opresión del patriarcado, como si de una única voz y de una única experiencia se tratara. Nombran como institucionalización la homogeneización de la categoría mujer porque no deja espacio para expresar todos los matices de las diferencias que existen entre las mujeres ni las contradicciones y conflictos que éstas entrañan.^[1]

A partir de estos planteamientos se ha ido produciendo un desplazamiento en la identidad sexual mujer hacia una comprensión de ella más fluida y compleja como resultado de la intersección de otras diferencias posibles. El lugar de la construcción de la subjetividad mujer se ha ido redibujando y complementado con otras categorías como las de género, sexo, sexualidad, raza, edad, clase o incluso imagen, como en el caso de las jóvenes góticas, las lolitas o las barbies, grupos que fundan su identidad en la estética de su indumentaria.

Estas diversas aportaciones del discurso de la deconstrucción se han ido incorporando al MF a través, especialmente, de los ámbitos universitarios y de los grupos de mujeres radicales. La potencia del pensamiento y del discurso de Donna Haraway y Judith Butler,^[2] entre otras, está encontrando una gran receptividad y acogida en estos círculos. Las formulaciones de la teoría *queer* cuestionando las categorías, incluida la categoría mujer, debido a la gran cantidad de variaciones vitales que entraña, explicitan que ninguna diferencia sería más natural o fundamental que las otras y que, por tanto, es imposible establecer para el conjunto de las mujeres una categoría que abarque una jerarquía de diferencias de forma unívoca. Cada vez es más visible que el lugar de enunciación de cada subjetividad es diverso y múltiple de forma que hay mujeres que sitúan su textualidad en su identidad lesbiana, étnica, de migrada, nacional, de no estándar, o de edad al lado, o incluso por delante, de la de «ser, sentirse o tener cuerpo de mujer».

El MF se encuentra, por tanto, ante el desafío de incorporar estas aportaciones que encarnan mujeres que participan en multitud de grupos alternativos, radicales y autónomos o en espacios mixtos. También, se enfrenta al reto de gestionar los nuevos conflictos derivados de esta compleja realidad. Se trata de conflictos cruzados, muy a menudo y de forma más o menos explícita, de trazos identitarios que requieren ajustes, contenciones y mucha atención a las relaciones políticas entre mujeres y entre los grupos para conciliar las diferencias y minimizar las resistencias.

Las críticas sobre la institucionalización del MF, las propuestas de incorporación de hombres en espacios que hasta ahora eran exclusivos de mujeres, la reivindicación del cuerpo lesbiano, las polémicas que surgen alrededor de la manifestación del 8 de marzo, las dificultades entre mujeres jóvenes y menos jóvenes y un largo etcétera expresan y son reflejo de una heterogeneidad dentro del MF mucho más amplia que la que existía y se hacía visible años atrás.

Es importante tener en cuenta estas críticas y preguntarse hasta qué punto el discurso feminista de nuestro país se ha sustentado en una concepción que homogeneiza la experiencia diversa y múltiple de las mujeres. No se pueden dejar de lado actuaciones y experiencias que hablan de nuevas realidades aunque se expresen de forma excéntrica y adoptando a veces formas que buscan la provocación. Son manifestaciones que pueden producir distorsiones, pero que aportan, indudablemente, lecturas necesarias a la falta de sentido y de discurso de muchos trozos de nuestra realidad actual. Son aportaciones que abren espacios de significación, transforman el discurso feminista y, por tanto, enriquecen el discurso político.

De la ciudadanía a la *cuidanía*

Salió así, por azar... lo pillamos al vuelo, con la ligereza que dan los guiños. Un concepto que no pertenece a nadie, que espera un proceso colectivo de construcción.^[3]

Un enunciado «pillado al vuelo» pero muy certero y con mucha enjundia. El concepto de ciudadanía, basado en los principios de las revoluciones liberales del siglo XVIII, se caracterizó, como se ha dicho anteriormente, por ser el status jurídico y político del ciudadano-hombre con unos deberes y unos derechos, entre ellos la facultad de actuar en la vida pública. Por tanto, las mujeres no tenían ningún tipo de participación en la vida política y la dicotomía entre ámbito público y privado se fraguó con la consolidación de una división, perfectamente jerarquizada, de los roles de género. El orden socio-simbólico patriarcal atribuyó a los hombres blancos, burgueses y heterosexuales el ámbito público, con la capacidad de decidir quién está dentro o fuera del sistema, al tiempo que se construía sobre unas estructuras económicas basadas en la explotación de personas y recursos y en la acumulación de capitales por parte de unos pocos. Entretanto, a las mujeres se las recluyó en el ámbito doméstico, se desvalorizó el trabajo de cuidado y mantenimiento social que realizaban y se les negaron los derechos y libertades políticas; eso sí, ensalzando el valor de la maternidad y de la familia para contener su malestar y mantener el montaje de la manera más apaciguada posible.

Por este motivo, el movimiento feminista atribuyó a la institución familiar muchas de las razones de las injusticias y opresiones que vivían las mujeres y denunció la supuesta naturalidad del papel asignado, produciendo nuevos imaginarios, creando otros escenarios y definiendo nuevos modelos de convivencia.

Dado que el único trabajo que recibe reconocimiento y valor social es el de mercado y toda la organización gira alrededor de la lógica de la acumulación y de las transacciones monetarias, los trabajos de cuidado y atenciones que realizan las mujeres en el ámbito privado, no constan, no se visibilizan y no se valorizan.^[4] La lucha por la emancipación y la conquista de la igualdad llevó a muchas mujeres a incorporarse al mercado laboral para salir del espacio doméstico al tiempo que conquistaban la posibilidad de una independencia económica y de una autonomía para poder decidir sobre sí mismas, sobre su sexualidad, sobre si tener hijas o hijos o no, el número de criaturas, etc.

Una consecuencia de la dicotomía entre público y privado ha sido la apreciación general, incluida la de muchas mujeres, de considerar el trabajo de cuidados y atenciones como una obligación y pocas veces como una actividad de la que se puede disfrutar o, al menos, ejercer desde el deseo y la libertad. Cuidar era «lo que se debía hacer», lo «único» que debían hacer las mujeres y, claro está, muchas lo vivimos como cadenas a nuestra libertad, como una imposición alienante, una coacción imposible de soportar y de la que había que escapar siempre que fuera posible.

De esta manera se ha instituido un modelo social en el que el mercado ocupa el centro del universo, marca los ritmos, determina las prioridades y mercantiliza las posibilidades y formas de alcanzar la felicidad. La simultaneidad de los tiempos dedicados al trabajo remunerado y al trabajo de cuidado de la vida que muchas mujeres intentan combinar lleva a dobles y triples jornadas imposibles de sostener si no es a costa de la salud y de renunciadas. Cada vez resulta más difícil compaginar los modos de vida sin

violentar la vida de las personas porque los ritmos de la vida no son los ritmos del mercado, ni las necesidades de las personas coinciden con las necesidades del mercado.

Se trata, por tanto, de transformar este modelo social y de cambiar el simbólico relativo al sostén de la vida y al trabajo reproductivo, poniendo el cuidado de la vida en el centro, porque es preciso, antes que nada, revalorizar el término y sus implicaciones.^[5] Ello quiere decir trastocar todo el montaje actual para poner las necesidades vitales en el lugar primordial, replanteando los usos del tiempo y reformulando la relación de intercambio con la naturaleza para que no sea, nunca más, de dominio y de explotación sobre ella. Quiere decir disponer de tiempo para disfrutar, que no todo sea consumir y trabajar, tiempo para relacionarnos con las y los otros en armonía con nuestro entorno y con los ciclos naturales.

El estatus de ciudadanía en lugar de estar vinculado a la presencia en el mercado y al cumplimiento de unos requisitos normativizados, debería estar relacionado con el reconocimiento al trabajo de civilización, elemento fundamental para el bienestar de la vida cotidiana de cualquier individuo. El eje central de la sociedad debería ser esta actividad compleja que permite a las personas crecer, desarrollarse y mantenerse como tales. El objetivo social, político y económico central debería ser, por lo tanto, el mantenimiento de la vida humana.^[6] Se podría pasar, entonces, al estatus de *cuidadania* que ostentarían todos los hombres y mujeres que participan de la perspectiva de que cuidar, preservar, mantener, conservar, atender y cultivar las relaciones de intercambio entre las personas y entorno medio ambiental es la labor prioritaria y sustantiva de todos y todas en el mundo.

Ahora, además, la globalización y las tendencias demográficas en nuestro país están creando unas dinámicas internacionales de circulación de cuidados y afectos para paliar las necesidades y desequilibrios que se producen continuamente; existen verdaderas redes de trabajo afectivo en cadena, conformadas por mujeres en diferentes partes del globo cuidando y atendiendo las criaturas y las personas mayores de la otra punta del planeta, mientras que a ellas, a su vez, les cuidan las criaturas y los familiares que han tenido que dejar. Me gustaría saber cómo explicarán los libros de historia, dentro de cincuenta años, las razones y las consecuencias que implicará este trasvase de energía y cariño, lleno de dolores y alegrías, de nostalgias e ilusiones. Una cadena emocional que da vueltas y vueltas alrededor del mundo, formada mayoritariamente, por mujeres cuidadoras que hablan idiomas diversos pero utilizan un lenguaje y unos saberes comunes: atender y acoger las necesidades de los y las otras, sosteniendo las tareas civilizadoras. Una cadena formada por las *cuidadanas* del mundo.^[7]

Entretanto la llamada crisis de los cuidados se va extendiendo y es necesario arbitrar medidas concretas para paliar las desventajas e injusticias derivadas de que el peso del cuidado siga estando a cargo de las mujeres en su mayor parte. Me refiero a medidas que contemplen cambios estructurales en el uso de los tiempos, en los roles de género, en la distribución de responsabilidades y proporcionen unos servicios sociales adecuados. Hay que alcanzar una cotidianidad donde sea posible mantener altos niveles de autonomía de cada cual, asegurando un acceso equitativo a los servicios, al tiempo que se contempla la diversidad de situaciones de las personas que necesitan acceder a ellos. Hablamos de unos servicios que no deberían estar gestionados desde la rentabilidad y el mercado sino que deberían llevar incorporados la reflexión social sobre el valor y la necesidad del cuidado de las personas, así como, las garantías de una gestión en la igualdad que, al mismo tiempo, tenga en cuenta las diferencias, lo que llamamos igualdad compleja.

La propuesta del feminismo sobre la *cuidadania* atraviesa todos los aspectos de la vida y está abierta a todos los movimientos sociales que la quieran incorporar. No es posible una transformación colectiva sin transformaciones individuales. Otro mundo es posible si hombres y mujeres somos capaces de llevar a la práctica en nuestra vida personal otras perspectivas y otras actitudes.

Movimiento/práctica/experiencia feminista

¿Cómo compartir la experiencia del movimiento feminista que se forjó políticamente en el período de la transición democrática y luchó por conseguir las reivindicaciones imprescindibles que el franquismo había abolido? ¿Cómo traspasar la historia? Esta pregunta surge cuando se perciben agujeros negros en la transmisión intergeneracional y se hace evidente la necesidad de llenar estos vacíos.

Durante unos años ha parecido que no era pertinente hablar de la experiencia de las feministas que construimos nuestra subjetividad haciendo materia política de nuestro recorrido vital y llevando, muchas veces, hasta las últimas consecuencias el eslogan de «lo personal es político». Somos mujeres que, después de las luchas de los años ochenta y del logro de ciertas libertades y parcelas en la igualdad de derechos, al ver las limitaciones del proyecto emancipador, hallamos en el feminismo de la diferencia sexual los elementos teóricos y prácticos para trabajar creativamente desde y hacia la libertad femenina. La resignificación de nuestra subjetividad a partir de referencias propias, elaboradas por mujeres y desde las mujeres, dejando atrás el rol de sujeto necesitado, oprimido, víctima y victimizado por el sistema patriarcal, nos ha permitido situar el hecho de haber nacido en un cuerpo de mujer en un lugar de libertad y creatividad. Se trata de una experiencia llevada a la práctica y compartida por miles de mujeres que, a veces de forma inconsciente, han protagonizado la transformación social y simbólica más importante de nuestros tiempos, cada una en su espacio y cada una a su manera, pero cuyas consecuencias son irreversibles.

A veces encontramos caras de sorpresa o de incompreensión entre las mujeres jóvenes que se incorporan al MF o cuando participamos en otros movimientos sociales porque no son conscientes del valor de los cambios políticos y de los márgenes sociales con los que ya han nacido o no conocen lo costoso que ha sido alcanzarlos. Esto puede suceder, entre otras razones, porque una parte del discurso feminista no se ha transmitido o quizás los canales de circulación no han sido los adecuados. Tal vez la opción que en un momento dado hizo el MF, delegando una parte de la gestión de su discurso en las instituciones, no fue acertada, aunque tampoco parecía haber demasiadas alternativas. Es decir, el camino para garantizar la universalidad a toda la población de los servicios de planning, de formación sobre sexualidad, de educación no sexista, la denuncia de discriminaciones, desigualdades etc., se delegó en las instituciones públicas correspondientes: enseñanza, sanidad pública, justicia... Para decirlo breve y rápidamente, sería como si se hubieran traspasado las competencias pero no los recursos. Entendiendo por «recursos» como el capital de experiencia y saber que el MF había y ha ido atesorando a lo largo de su práctica política. La gestión de la competencia en teoría se realiza o consta en los programas, los presupuestos, los estatutos o las leyes; pero se ejerce de una forma mecánica y repetitiva y como si faltara el aliento que da vida y sentido a la realidad.

Un ejemplo de esta compleja situación es el tema de la educación sexual y el aborto. Ante la alarma social creada en los medios de comunicación por la derecha recalcitrante, se ha percibido un desconocimiento muy grande de lo que significó la lucha, llevada a cabo en los años ochenta, para conseguir una ley que despenalizara el aborto con el objetivo de reducir al máximo su número. El discurso del MF siempre fue claro: una ley que regule el aborto para evitar la muerte de más mujeres por falta de condiciones; una ley para disponer de la información y los medios necesarios que hagan evitable llegar a este punto; una ley para reducir el número de abortos porque siempre supimos que abortar implica mucho dolor y sufrimiento. Quizás no hemos transmitido adecuadamente lo que significó su logro en la vida de muchas mujeres y no hemos hablado suficientemente con las y los adolescentes sobre formas de sexualidad no fálica totalmente placenteras, gratificantes y diversas. Fijémonos en que series de gran éxito y con fama de modernas, como *Sexo en Nueva York*, que aparecen como ejemplo de libertad sexual, en realidad, continúan repitiendo un modelo de sexualidad fálica y que responde totalmente al patrón masculino.

Hay que destacar que el MF ha vivido con frustración las contradicciones de una ley del aborto que no nos gustaba, pero que era la que se pudo aprobar; o ante el hecho de que es mejor poder hablar de una sexualidad, aunque no sea la que deseáramos, que no poder ni mencionar la palabra. Estas contradicciones, quizás, nos han llevado a no saber transmitir con orgullo y satisfacción la importancia de lo alcanzado a pesar de sus limitaciones. O quizás, hemos puesto un poco de distancia para mitigar el dolor de la frustración de no haberlo conseguido todo. O quizás, el aliento que da vida y sentido a la realidad es una experiencia que sólo se puede transferir en el cuerpo a cuerpo de la relación, en la distancia corta, donde se mezclan emociones y saberes, afectos y conocimiento.

Y para terminar, una última reflexión que viene al hilo sobre la participación del movimiento feminista en otros movimientos sociales (MS). Sabemos y compartimos que los MS son espacios que resignifican la realidad y abren nuevos espacios de sentido en el mundo, pero, al mismo tiempo, reproducen en su interior los esquemas patriarcales con estructuras consolidadas o muy rígidas y con actitudes y comportamientos sexistas algunas veces.

En las ocasiones en que el MF ha participado en otros MS y ha existido una relación de vínculo personal y de conocimiento de las diversas experiencias y aportaciones, las cosas han sido más fáciles y se ha conseguido incorporar en el manifiesto o la actividad concreta que fuera, el discurso feminista. Pero en general encontramos a faltar el reconocimiento de que el feminismo atraviesa todos los aspectos de la vida, implica a todos y todas y ofrece una alternativa global al sistema. Hemos constatado que si no participamos presencialmente en las reuniones se produce un olvido sistemático, incluso, de la coetilla final en el manifiesto de turno. La constatación de estas dificultades y falta de reconocimiento, después de tanto tiempo y de tantas luchas hace que muchas mujeres valoremos como agotador y frustrante la participación en ellos, además de no sentirnos cómodas porque tenemos otra manera de hacer o de intervenir en lo público.

Este comentario pretende ser una llamada para facilitar la construcción de puentes de relación porque es en la relación próxima donde se hacen las complicidades en los proyectos, en las maneras y modos de enfocar el cambio y la transformación desde nuestro «aquí y ahora». Ante el agotamiento del canon clásico y la crisis de valores estamos por la búsqueda de nuevos horizontes a través de la trasgresión y la subversión en el desarrollo de nuevos medios que difuminan y normalizan cualquier frontera. Sin cambiar nosotras y nosotros, sin cambios personales, no podremos cambiar el mundo.

Hay que ahondar en la política de las mujeres y en la práctica de la relación para crear vínculos de afinidad, puentes de relación y alianzas de diversidades. La experiencia acumulada en la gestión de conflictos nos ha de dar las claves para vivir entre el consenso y el disenso. Se han de incorporar elementos de experimentación en la práctica política para salvar aquellas diferencias incluso cuando parecen insalvables y difíciles de compaginar. Hacer política implica experimentar, probar, intentar geometrías diversas y conexiones múltiples. La diversidad de intereses y posibilidades se han de traducir en amplias redes de relación e interconexión que no clasifiquen ni jerarquicen la simultaneidad de diferencias. Se trata de formular estrategias para desafiar el orden establecido y tener presente al mismo tiempo que la diversidad no ha de comportar ni divisiones ni pérdidas. A veces, vivir y trabajar con este pluralismo puede resultar laborioso, pero cuando se logra es, sin duda, gratificante y provechoso porque nos fortalecemos con el saber y el conocimiento que genera el intercambio. Una experiencia que sólo puede ponerse en circulación en espacios de confianza y reconocimiento, en relaciones de correspondencia, porque son las únicas capaces de otorgar sentido a los intentos que suponen nuevos comienzos en la práctica de la libertad.

* Queremos agradecer los comentarios enriquecedores de Mercè Otero-Vidal y Maria Encarna Sanahuja Yll .

[1] Angela Davis (2004), *Mujeres, raza y clase*, Ediciones Akal. 2004

[2] Donna Haraway (1995), *Ciencia, Cyborgs y mujeres: La reinención de la naturaleza*, Cátedra. Judith Butler (2001), *El Género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, Paidós, y (2003), *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del «sexo»*, Paidós.

[3] Citado en De Ca la Dona-FEMART08. Consultar www.caladona.org/femart i www.nodo50.org.

[4] Carrasco, C. (ed.) (2001), *Tiempos, trabajos y género*. Publicacions Universitat de Barcelona, 2001. Consultar www.sindominio.net/karakola/ precarias a la deriva.

[5] Amoroso, Maria Inés, Bosch; Anna, Carrasco, Cristina, Fernández, Hortensia, Moreno, Neus, (2003), *Malabaristas de la vida. Mujeres, tiempos y trabajos*, Icaria–Más Madera, Barcelona, 2003.

[6] Amoroso, Maria Inés, Bosch; Anna, Carrasco, Cristina, Fernández, Hortensia, Moreno, Neus (2003), *Malabaristas de la vida. Mujeres, tiempos y trabajos*, Icaria–Más Madera, Barcelona, 2003.

[7] Para los/as lectores y lectoras con quienes compartimos utopías revolucionarias, sólo nos faltaría añadir aquello de «*cuidadas del mundo, uníos*» en referencia al grito atribuido a Flora Tristán (1803-1844).

